

Troya

(Un relato de terror)

Daniel Portillo

Dedicado a todos nuestros sanitarios, que a pesar de lo inevitable y lo evitable, lo han dado y siguen dándolo todo por cuidar de todos nosotros.

Un silencio límpido se ha propagado sin avisar por toda la ciudad, y se respira un aire tan puro como lo era la luz de las estrellas que una vez iluminó aquel enorme caballo en Troya.

Acabo de salir del Metro en Argüelles, y camino por la calle Princesa. No logro habituarme a esta devastadora soledad, ni me acostumbro a llevar una mascarilla tapándome la cara.

Contengo en mí una mezcla perfecta de temor y alivio. Odio ir al dentista, y más cuando no estoy en mi ciudad, y no sé ni quien me va a tratar. Pero también odio el dolor; y odio sentirme enferma. Y luego está el dichoso virus. Es un alivio encontrar una clínica abierta. Y es de agradecer que sin estar obligados se expongan al virus por ayudar a quienes tenemos una urgencia; no todas lo han hecho.

Al llamar al telefonillo alguien me abre, sin preguntar. Accedo al amplio y vacío portal de la calle Hilarión Eslava. Al fondo del pasillo distingo el letrero de la consulta. La puerta está abierta ya. Compruebo mi reloj una vez más: llego puntual. Me recibe una mujer, protegida con una mascarilla y una pantalla protectora transparente, que le tapa casi toda la cara.

— Hola Clara. Soy la doctora Alonso. Bienvenida. Te recibo yo porque en estos días estoy trabajando sola, sin ayudantes. Es por la pandemia — Me dice. Inmediatamente pienso que su explicación tiene todo el sentido del mundo. — Pasa un momento a la sala de espera por favor. Enseguida estoy contigo.

La sala de espera es amplia, de planta cuadrada, con una gran mesa de madera y cristal delimitando su centro, y muy mal iluminada. Hay una ventana, pero parece totalmente condenada, al menos al olvido.

— Buenas tardes — Digo mientras busco asiento, esperando la respuesta de los otros pacientes. Al no oír nada, levanto la mirada. Un chico joven, de unos treinta años, engominado y trajeado, me mira con descaro; con un descaro tan inusual como prolongado. Sonríe más de lo normal, como si quisiera mostrar todos y cada uno de sus dientes perfectos. Son de un blanco tan incisivo que me desagradan casi tanto como todo él mismo. Aparto la mirada. Ya estoy en una situación bastante desagradable como para aguantar a indeseables.

Miro a la otra persona, que está al otro lado de la sala. Es un hombre mayor, de unos 70 años, y pronto siento un pequeño escalofrío al ver que me mira de la mima asquerosa forma que el engominado. Me cuesta tragar mi propia saliva. También sonrío igual, y sus dientes me resultan aún más repugnantes que los del engominado, porque son exactamente iguales. Los dos prolongan su gesto primitivo, desafiante y lascivo sobre mi. Estoy muy incómoda y cabreada, pero intento no darle importancia: voy a pasar del tema. Rebusco entre las revistas que se ofrecen sobre la mesa. Me sorprende que no las hayan quitado, para prevenir contagios. Distrayo mi atención y recupero la poca calma que puedo llegar a reunir justo antes de entrar al dentista.

— Estás muy tranquila — Me dice el engominado. No se por qué sus palabras se me clavan como un punzón. Alzo la vista. Sigue con el mismo semblante

que me resulta insoportable. – ¿No te da miedo el dentista? – Escucho la misma voz asquerosa, pero no veo que sus labios se muevan con el sonido. Entonces me doy cuenta de que no es él quien me habla, sino el viejo. Ahora el escalofrío es ya muy potente, y percibo como mi sentimiento de asco y repulsión se está transformando en otra cosa. Me cuesta buscar la mirada del viejo, pero lo hago. Noto mi piel de gallina, y mi vello de punta, nada más ver la misma jodida mirada en el viejo.

– El miedo no sirve de nada – Dice el viejo, o eso creo, pero en un instante me vuelvo a dar cuenta de que ahora quien acaba de hablar es el engominado, que parece tener el mismo tono de voz que el viejo. Les miro alternativamente, ya sin ningún pudor. Sus ojos depredadores y sus sonrisas manipuladas siguen desafiándome sin bajar en intensidad. Mi respiración cada vez está más acelerada y mi pecho no para de oprimirme. Siento espesar mi y mi frente más y más sudorosa.

«Son días muy extraños, no le des importancia», pienso, y vuelvo a buscar la revista. «No es la primera vez que tu mente te juega una mala pasada», sigo autoconvenciéndome.

– Adelante Clara, puedes pasar – Me dice la doctora. Me levanto casi de un brinco para ir hacia la consulta, pero sobre todo para desaparecer de allí. – No tengas miedo. – Oigo que me dice uno de los dos. Y giro la cabeza, para ver quien ha sido – Enseguida habrá pasado, y ya no estarás aquí – Al ver como no es uno sino los dos a la vez quienes me hablan, en un perfecto unísono, por un momento me sobrecoge un vacío demasiado intenso, que me hace perder la consciencia unos instantes. Me tambaleo, sin llegar a caerme. Oigo risas. Ya ni me giro.

Sigo a la doctora por el pasillo.

– ¿Ellos no entran? ¿Van con otro doctor? – Le pregunto, sin saber muy bien por qué.

– Ellos están aquí para otra cosa. – Me contesta.

– Esperamos nuestro momento – Oigo decir desde la sala de espera. – Me quedo entonces algo bloqueada, aturdida.

– ¿Estás bien? Siéntate en el sillón. No te preocupes, estamos todos confusos con lo de la pandemia.

– ¿No les has oído? – Le pregunto, escuchándome algo ansiosa.

– No he oído nada. – Se hace un pequeño silencio – Te veo algo nerviosa. Cuéntame qué te pasa. – Me dice mientras me acerca una jeringa metálica a la cara – Abre la boca. – Me ordena.

– Pero... ¿no me va a mirar primero?

– Claro. Esto no es nada; tan sólo una pequeña anestesia previa. – Cierro los ojos y abro la boca, aunque con mucha desconfianza.

Siento un pinchazo en un sitio que no esperaba: en el paladar. Instintivamente abro los ojos. La doctora se ha quitado la mascarilla, y veo esa misma maldita sonrisa. Y al fondo está el viejo, a la entrada de la consulta, riendo también.

Experimento la misma sensación que cuando estás a punto de ahogarte porque te has atragantado o has aguantado demasiado la respiración bajo el agua, pero ahora la sensación no termina, y además no puedo mover ni un sólo músculo de mi cuerpo.

Trato de cerrar los ojos, como último recurso. Tampoco puedo.

– ¡Klaus! Ven para acá. No te pierdas esto. Hoy va a ser muy divertido. – Grita el viejo – Nos toca, doctora.

– Es una chica lista. Ha estado a punto de calarnos. Te crees muy lista, ¿verdad? – Me dice el engominado. Ya tengo a los tres alrededor. Hago un esfuerzo sobrehumano y logro cerrar los párpados.

– Nos toca, y va a estar deliciosa. Me apuesto lo que queráis. ¿Habéis notado su fragancia? – Dice la doctora con cierta emoción –

Bueno, bueno... Clara... Ahora te toca ser valiente; mucho más de lo que te imaginas.

– Vamos a hacerlo bien esta vez. – El viejo me abre los ojos y me coloca algo para impedir que los cierre. – Mucho mejor. – Mil imágenes pasan por

mi mente, a cada cual más violenta y espantosa. La angustia es insoportable. Mis ojos están inundados de lágrimas y siento que me cuesta una inmensidad solo el hecho de llenar de aire mis pulmones. El viejo acerca su cara a la mía, y puedo sentir su olor, a la vez que noto un contacto en mi pantalón. Mete la mano en uno de mis bolsillos hasta que encuentra mi móvil. Ahora coge mi mano y acerca el móvil, buscando la huella de mi dedo.

– Ya está, desbloqueado. La tecnología mezclada con la tradición; me encanta. – La doctora se ríe

– No es la más fuerte de las especies la que sobrevive y tampoco la más inteligente. Sobrevive aquella que más se adapta al cambio – Dice la doctora.

– Ah, el bueno de Darwin – Le contesta el viejo, mientras se lleva mi dedo hacia su boca. El corazón me explota y siento fuego en los ojos. Trato de cerrarlos una vez más sin conseguirlo. Noto que el viejo me muerde el dedo suavemente y lo succiona durante unos segundos. Después suelta mi brazo y me dedica otra de sus asquerosas sonrisas ahora con sus dientes tintados de mi sangre. – Stéphane, no has probado una así en tu patética vida. Está deliciosa.

Tengo ya a los tres a centímetros. La doctora se tumba sobre mí. Me muerden todos a la vez, en el cuello. En mi campo de visión me parece ver al viejo y al engominado con sus cuerpos estirados, levitando sobre el suelo, agarrando mi cuello con sus bocas. Sólo ansío el milagro de cerrar los ojos. Y de alguna manera lo consigo. Aunque sé que mis párpados siguen abiertos, ya no les veo ni les oigo. Solo veo un color, y no es el negro, ni es una luz. ¿Cómo se puede describir algo completamente nuevo, que no es fruto de combinar otras cosas ya conocidas? Una vez, hace algunos años, mi abuela, antes de morir, me habló de una experiencia cercana a la muerte que había experimentado. Le dió un ataque al corazón y ella me contó que estuvo en un túnel. Al final de aquel túnel no veía una luz, sino un color. Era un color indescriptible, totalmente distinto a todos los demás. Ella lo vio de lejos.

En aquel momento reconozco que no la creí. Ahora estoy en medio de ese color, en medio de mi muerte.

Y estoy serena. Nada importa ya cuando contemplas algo así. Ya no hay perspectiva, ni deseos, ni dolor, y al mismo tiempo todo cobra sentido.

– ¿Si? – Contestó el inspector Campos a las cuatro de la madrugada.

– Inspector. Ha aparecido otro cuerpo. Una chica de 26 años. Destrozado, como los otros. Lo han arrojado al Manzanares.

– ¿Y las cámaras? ¿Tenemos algo?

– Nada. Igual que las anteriores víctimas.

– Envíame la ubicación exacta. Voy para allá.



Descubre mis nuevos relatos y novelas en:

[Http://www.danielportillonovela.com](http://www.danielportillonovela.com)

<https://www.facebook.com/DanielPortilloEscritor>